

teológico la lectura es un poco más ardua, aunque asequible, teniendo la ventaja de que se puede leer sólo aquel artículo que interese.

La obra pretende una fundamentación teológica de la misión para que ésta pueda ser el futuro de la Iglesia. En consecuencia, hay una confrontación crítica tanto con la forma de entender y realizar la misión actualmente por parte de la Iglesia, como con los conceptos *missio inter gentes* o *missio Dei*, del que no se ocultan las sospechas ni las reticencias que suscita en el ámbito de la teología católica. Los autores no se contentan con el recorrido histórico de tendencias o escuelas teológicas o la justificación de conceptos teológicos en los autores que lo han propuesto. Una mera explicación de qué se entiende por los “nuevos” conceptos *missio inter gentes*, *missio Dei*, etc. no aportaría ni luz ni vigor para renovar la doctrina y la praxis actual de la Iglesia; para ello es necesaria la confrontación teológica. Por eso se agradece el esfuerzo de los autores por pensar en profundidad y hacer pensar al lector la manera de renovar la misión de la Iglesia desde una base teológica más firme y una praxis más evangélica.

Se trata, pues de una actualización doctrinal de la teología de la misión así como una mirada panorámica al amplio mundo de la misión de la Iglesia, pero precisamente por su carácter de síntesis y la calidad de las aportaciones es muy útil y su lectura muy recomendable, por no decir obligatoria.

Juan Martínez Saez, FMVD

---

RICHI ALBERTI, G. (ed.), *Anunciar a Jesucristo en la posmodernidad. A cincuenta años de Mayo del 68* (Ediciones Universidad San Dámaso, Madrid 2018). 250 pp. ISBN: 978-84-16639-83-0

Quizás los mismos que protagonizaron las revueltas de “mayo del 68” no eran conscientes, en aquellos momentos, de que darían que hablar no sólo entonces, cuando con sus protestas buscaban cambiar la vida y liberarse de las alienaciones insoportables cotidianas, sino también transcurrido el tiempo. A los cincuenta años de aquella efeméride han sido muchos los análisis que se han realizado para preguntarse nuevamente por los motivos de aquellas revueltas estudiantiles, cómo han influido en los comportamientos sociales posteriores y en el clima cultural actual, que podemos denominar *posmoderno*.

La Universidad de San Dámaso no ha querido estar al margen de este aniversario, y el libro que presento es una clara muestra del interés que suscita conocer más a fondo lo que fue “mayo del 68” y cómo se estaban anticipando las claves de lo que posteriormente se ha denominado “posmodernidad”. El interés del libro, en el conjunto

de sus colaboraciones, es, como indica su editor, Gabriel Richi, “acompañar al lector a introducirse en esa *atmósfera espiritual de búsqueda y certeza* (Francisco dixit) que favorezca la posibilidad de reconocer la conveniencia del encuentro con Jesucristo en la Iglesia para los hombres y mujeres de nuestro tiempo”. El anuncio de Jesucristo, “el mismo ayer, hoy y siempre”, a unas personas cuya autocomprensión es diferente en los distintos momentos de la historia nos obliga a conocer el marco cultural en el que tenemos que realizar ese anuncio.

No pretendo hacer un resumen de cada una de las nueve colaboraciones, escritas todas ellas por profesores de San Dámaso, excepto la última, del profesor salesiano R. Sala, de la Universidad Pontificia Salesiana, sino, más bien, presentar las líneas fundamentales que las orientan.

El profesor Gabriel Richi escribe sobre “Posmodernidad y misión de la Iglesia”, y nos recuerda con R. Guardini que “la riqueza de la Revelación es inagotable; pero tiene que ser preguntada, y las preguntas surgen de la realidad del mundo”. Esto significa que cada situación histórica, por difícil que parezca, es siempre una ocasión para el anuncio del Evangelio, para comprobar la riqueza inagotable de la revelación. Para iluminar esta afirmación, echa mano del libro *Evangelio y revolución. En el corazón de nuestra crisis espiritual*, escrito en plena crisis del 68 por tres teólogos cristianos: M. J. Le Guillou (católico), O. Clement (ortodoxo) y J. Bosc (protestante). Con la reseña de este libro, el profesor G. Richi ha querido poner de manifiesto el primero de los criterios que el papa Francisco expone con vistas a renovar y relanzar la aportación de los estudios eclesiológicos a una Iglesia en salida misionera: “la contemplación y la introducción espiritual, intelectual y existencial en el corazón del *kerigma*, que se va haciendo carne cada vez más y mejor en la vida de la Iglesia y de la humanidad”.

La contribución del profesor R. Gómez Miranda, “Mayo del 68. La posmodernidad se hace visible”, es un acercamiento profundo y claro al pensamiento posmoderno, que se hace ya visible en mayo del 68, con la ayuda de algunos filósofos como Michel Foucault –para quien el sujeto se constituye a sí mismo por medio de un determinado número de prácticas, que son juegos de verdad, prácticas de poder–, J. F. Lyotard, que define la posmodernidad como la incredulidad ante los metarrelatos, esos discursos supuestamente universales con los que se quieren legitimar proyectos políticos, científicos o religiosos. Para estos autores, la supuesta conciencia autónoma es el producto de imágenes y relatos, que provienen de intereses ajenos al sujeto, pero que le dan identidad. Lo que significa que *todo puede sersimulado* (Baudrillard). Pero así, se pregunta el autor, ¿no llegamos al *nihilismo*, que anticipó Nietzsche en sus escritos, donde la vida se reduce a un *juego*, sin reglas?

El profesor I. Serrada nos presenta en su escrito “Mayo del 68: apuntes sobre una revolución sexual” una expresión paradigmática de lo que fue el final de esa década y las siguientes. El carácter *pansexualista* de la revolución sexual de esos años es fruto del proceso de secularización, que comienza con el Renacimiento, de la privatización de la sexualidad, que comienza en el mundo anglosajón, de la moral puritana y del emotivismo, que convierte el deseo en la medida del bien. Autores como Freud,

W. Reich y H. Marcuse se encuentran entre los promotores de la revolución sexual, desencadenada en Europa al comienzo de los años 60, vivida como una conquista frente a toda represión. Lo que está en juego ante las consecuencias de esta revolución sexual es “la recuperación de la sexualidad como lenguaje del amor y expresión del don de sí mismo y de la acogida del otro según toda la riqueza de la persona”. Sólo cuando la sexualidad se la vincula a la vía del amor alcanza su significado simbólico, no quedando reducida a un instrumento en clave utilitarista.

Pocos años antes de la crisis del 68, comienzan a ser noticia en el ámbito norteamericano un conjunto de teólogos (Vahanian, Altizer, Van Buren, Hamilton, Harvey Cox) que están detrás de la denominada “teología radical de la muerte de Dios”. El profesor César Redondo escribe sobre la *posmodernidad* de esta corriente teológica, que consiguió impactar no solo a la sociedad norteamericana de los años 60, sino también al cristianismo occidental. Aunque la relación entre teología y posmodernidad pueda resultar forzada –en cuanto ésta es contraria a todo metarrelato–, nos dice el profesor Redondo que “de todas las formas teológicas históricamente dadas, la única que cree poder tener cabida en la posmodernidad es la teología radical de la muerte de Dios, pues en ella se pretende compaginar secularización y cristianismo como último intento histórico por comprender y asumir la situación del hombre en un mundo donde Dios es el gran ausente”. El profesor Redondo muestra con gran competencia cómo esta teología de la muerte de Dios, que trata de salir al paso del ateísmo humanista –que lucha por liberar al hombre de un Dios que poco o nada tiene que ver con el Dios revelado en Jesucristo– en lugar de hacerlo bajo la forma de la *caritas* cristiana capituló ante dicho ateísmo, desplazando la argumentación cristiana hacia el lugar del pensamiento ateo.

¿Podemos seguir hablando de *verdad* en el ambiente posmoderno que vivimos, o tenemos que resignarnos al *relativismo* imperante? El profesor Marcos Cantos presenta su estudio “La verdad real zubiriana frente al vagabundeo incierto de la filosofía posmoderna” como un intento de mostrar que “el fracaso de la filosofía moderna a la hora de alcanzar una verdad originaria y fundante no se debe al hecho mismo de esa pretensión, sino a la elección del lugar desde el cual pretendió fundar la verdad: *en* y *desde* la mera subjetividad”. El profesor Marcos, buen conocedor de la filosofía zubiriana, señala cómo la vía *noológica*, que expone el análisis de la intelección humana, nos libera de la ontología débil posmoderna, practicada, entre otros, por Vattimo, para quien la verdad no se “encuentra”, sino que se construye con el consenso y el respeto a la libertad de cada uno. Por el contrario, para Zubiri hay una “verdad real”, verdad radical, primaria y fundamental, sobre la que descansa no solo los actos intelectuales, sino también la propia vida del hombre.

En el panorama cultural español no es muy conocido el filósofo italiano Augusto Del Noce. Da cuenta de él, y de su propuesta de *aggiornamento de la fe cristiana como respuesta a la crisis contemporánea*, el profesor Raúl Orozco. Este gran pensador contemporáneo italiano dedicó grandes esfuerzos a “desmitificar el pensamiento racionalista moderno fundamentado en el principio de inmanencia”. Este

sólo es posible, a su juicio, en el marco de la Iglesia, para lo cual se ha de superar el *complejo de inferioridad* que aqueja a muchos creyentes cuando dialogan con el mundo moderno y se ha de asumir en su seno un *aggiornamento* de la virtualidad de su tradición. Para Del Noce, en el origen de la crisis está una crisis antropológica, como consecuencia de la sustitución de la sabiduría por el espíritu cientificista. La separación entre la fe y la vida ha de ser superada, para lo cual hay que rechazar tres posibles salidas. La primera, que Del Noce denomina “utopía arqueológica”, consiste en fijar el Medioevo como modelo válido para todos los tiempos. La segunda, “utopía de futuro”, hace del mundo moderno el punto de llegada de la consumación de la fe. La tercera, “desideologización de la política”, consiste en silenciar el fin último del ser humano en beneficio del pragmatismo cotidiano. Para Del Noce solo la “presencia” es la única forma posible de misión cristiana en medio del mundo.

¿Es posible la experiencia religiosa en la posmodernidad? A responder esta pregunta se atreve el profesor Eduardo Toraño con su contribución “La experiencia religiosa del hombre posmoderno”. Estructurada en tres partes, la primera describe los rasgos culturales de la posmodernidad (secularismo, relativismo y subjetivismo, globalización tecnológica, individualismo y sentimentalismo, hedonismo y consumismo, pragmatismo y presentismo). La segunda presenta las propuestas religiosas que se han ido generando en el marco cultural descrito y que se pueden aglutinar en lo que se denomina la “Nueva Era”. La tercera es la presentación y desarrollo de la propuesta cristiana a ese mundo posmoderno. Esta última parte es descrita desde una doble perspectiva, doctrinal y pastoral, teniendo en el horizonte las propuestas de la Nueva Era, que “buscan una salvación rápida y eficaz, acorde con el pragmatismo y presentismo posmoderno, para llegar a la iluminación sin esfuerzo y obtener así paz y armonía interior”. Frente a éstas, solo Cristo es la respuesta satisfactoria a las inquietudes y deseos profundos de plenitud del corazón humano.

Muy relacionada con la anterior, el profesor Jaime López Peñalba nos presenta en “El desahucio del Espíritu. Pneumatología y espiritualidad contemporánea” una descripción de ésta teniendo en cuenta la metamorfosis operada en el seno de la Modernidad y la Posmodernidad. Para el profesor Peñalba, el embrión de la espiritualidad alternativa de este tiempo posmoderno se encuentra en el movimiento contracultural de principios de los años 60, que actuó como catalizador de la entrada arrolladora de las religiones orientales en un Occidente desnortado, tanto por la crisis de la tradición cristiana como por el ocaso de las ideologías políticas de la posguerra. No es cierto, como auguraban los pronósticos ilustrados, que desaparezca la religión de las sociedades modernas, más bien, “se ha reelaborado la relación entre mundo y Dios”. Y, en este sentido, el individualismo y la globalización son los dos ejes que van a definir la espiritualidad contemporánea. Los rostros concretos de esta nueva espiritualidad contemporánea son, a juicio del profesor Peñalba, a) la *nueva espiritualidad laica*, en la que estarían los filósofos Compte-Sponville, J. L. Ferry, Cuppit, Gauchet, que presentan una espiritualidad de la inmanencia más bien que de la trascendencia y de la apertura más bien que de la interioridad; b) la *espiritualidad alternativa*, en

la que la New Age sería su representante más notable; c) el *pentecostalismo*, que se distingue por individuar una experiencia sentimental de la fe, que salva finalmente al cristiano justificado. Para Peñalba, la tragedia de esta búsqueda espiritual está en la renuncia a un interlocutor, en la ausencia de un rostro divino, con los perfiles de un Dios personal, que priva a la experiencia espiritual del encuentro y de la comunión.

Por último, la contribución del profesor italiano Rossano Sala, “Lo humano posible. Anunciar a Jesucristo en la posmodernidad”, se desarrolla en cuatro pasos: a) interpretación de los hechos de mayo del 68; b) una visión sintética de los desafíos de nuestro tiempo; c) presentación de cuatro temas humanos capitales; d) algunas orientaciones en orden a la evangelización actual. Como resumen del primero, el profesor Sala escribe que “Prometeo y Dionisos, iconos de la modernidad orgullosa y contrariada, han dejado su lugar a Narciso, icono de la autorreferencialidad vanidosa y la autocomplacencia mortífera”. Respecto al segundo bloque, mayo del 68 y lo que ha venido posteriormente, nos deja cuatro grandes desafíos que, siguiendo al sociólogo alemán H. Joas, describe así: un *ethos del amor* contra la hegemonía intelectual de valores y presupuestos cognitivos; el *carácter excedente de lo humano* contra un naturalismo reduccionista de matriz neurocientífica; la *dimensión comunitaria de la fe* frente a su deriva individualista; la *verdad de la trascendencia* contra el riesgo de encerrarse en un marco inmanente. Para hacer frente a estos desafíos, el profesor Sala propone cuatro temas que pueden servir como un fundamento sólido entre un amplio número de sujetos: a) el ethos del amor y la práctica de la generación; b) el carácter excedente de lo humano y la cuestión de los afectos; c) la confianza existencial y la dimensión comunitaria de la fe; d) La verdad de la trascendencia. Termina su escrito con unas breves notas sobre la evangelización, en la que se ha de huir de toda tentación de *reconquista católica* para *resituarse el cristianismo*, de forma que se hagan las cuentas con las exigencias del Evangelio. Esto sólo es posible con una verdadera conversión misionera de la Iglesia, pues “una Iglesia que vive como su Señor se convierte en una *provocación* en una *pregunta* para todo hombre en búsqueda de un sentido pleno para su existencia”.

Al terminar la lectura del conjunto de estos trabajos le queda a uno la grata impresión de estar ante un libro que cumple con lo que el papa Francisco escribe en *Veritatis gaudium* para referirse al diálogo de la fe con la cultura: “no se trata sólo que se amplíe el ámbito del diagnóstico, ni que se enriquezca el conjunto de datos a disposición para leer la realidad, sino que se profundice para comunicar mejor la verdad del Evangelio en un contexto determinado, sin renunciar a la verdad, al bien y a la luz que pueda aportar cuando la perfección no es posible” (nº 5).